

BIOGRAFÍAS ESPAÑOLAS.



DON ALONSO DE CARTAJENA.



Un nombre respetable, que acaba de transcribir nuestra pluma, dá á conocer uno de los varones mas virtuosos y sábios del episcopado español. En el número 31 del *Semanario*, correspondiente al año de 1844, espusimos la vida y los relevantes méritos

que contrajo el Obispo D. Pablo de Santa María ó Cartajena desde que, emancipado de su secta israelítica abrazó el cristianismo, é hicimos tambien mencion de los cinco hijos que hubo en su legitima esposa Doña Juana, todos bautizados y célebres en el discurso de su vida por las esclarecidas prendas de que el cielo les dotara. Mas si cada cual por su parte contribuyó á labrar el engrandecimiento de su estirpe, ninguno lo pretendió con mejor éxito que D. Alonso, el segundo de los hijos de Don

Pablo, y su inmediato sucesor en la dignidad pastoral. Hernando del Pulgar le dedicó un brillante panegírico en su libro de *los claros varones*, representándole como un modelo de virtud, de sensatez y de ciencia. Instruido en la filosofía, derecho civil y cánones, parece fué nombrado dean de Segovia y luego promovido con el mismo título á la catedral de Santiago. Ya entonces comenzó á manifestar un juicio profundo para rebatir los sofismas de la impiedad, y un tacto tan delicado en materia de discusiones políticas, que, llamando la atencion del Rey, las apreció en su justo valor, concediendo su autorizacion á D. Alonso, para que fuese á proponer alianza entre los Infantes D. Juan y D. Enrique, y le adjudicó en seguida las competentes credenciales, á fin de que bajo el carácter de embajador solicitase amistad con el Monarca de Portugal, y asistiese á la publicacion de la paz en ambos reinos.

La fortuna se habia declarado en favor de D. Alonso, y no hacia mas que prepararle con aquellas distinciones á

nuevos é inopinados ascensos. Supo el Rey de Castilla que habia muerto en Basilea D. Alonso Carrillo, Obispo de Sigüenza; y siendo indispensable enviar sugetos idóneos que acreditasen la religiosidad de D. Juan II y de todo el clero español ante el concilio ecuménico que en la referida ciudad se celebraba desde el año de 1431, obtuvieron la eleccion D. Alvaro de Isorna, Obispo de Cuenca, D. Juan de Silva, Señor de Cifuentes, D. Alonso de Cartajena y D. Gonzalo, su hermano, Obispo de Plasencia y diputado por el reino de Leon. Todos estos personajes se hallaban revestidos de una dignidad superior á la de D. Alonso, que únicamente poseía el deanato de Santiago; pero las circunstancias concurrieron de tal modo, que antes de llegar al concilio renunció la mitra de Burgos el Obispo D. Pablo, y el Rey agració con ella á Don Alonso, el cual fué confirmado en Basilea por el pontífice Eugenio IV.

No tardó en hacerse admirar de los letrados y oradores, que escucharon sus discursos. Eneas Silvio, conocido entre los Papas con el nombre de Pio II le denomina *alegría de las Españas y honor de los prelados*. El acierto con que probó la superioridad del Papa y del concilio dió margen á que le apellidasen *delicias de la religion, único espejo de sabiduría*. Publicó antes de regresar á su patria el *tratado de las sesiones*, en que difunde la preferencia de la silla Real de Castilla á la de Inglaterra, luchando abiertamente contra los embajadores de ésta corona, que pretendian hacer valer el sistema contrario.

Mientras en Basilea se rebatían los errores del herejía Juan Hus, y se ventilaban las cuestiones mas importantes al órden y disciplina de la Iglesia, el Obispo D. Alonso tuvo que separarse de aquel congreso venerable, para marchar como nuncio de reconciliación á la corte del Emperador Alberto, cuyas hostilidades turbaban los estados de Polonia, introduciendo en ellos el cisma, y menoscavando los intereses del culto cristiano. El pacto pretendido fué la consecuencia que se siguió inmediatamente despues que D. Alonso logró audiencia en la cámara real. Los sobresaltos y amargura del Pontífice, al ver zozobrosa su nave en el Océano de la discordia pública, se convirtieron en regocijo, cuando el digno mensajero, que habia tomado su soberana representacion, volvió á colocar el ramo de oliva sobre el altar del Espíritu Santo, en cuyo nombre se congregaban todos los dias, fulminando bajo sus alas invisibles el anatema contra los enemigos de la fé, y los detractores de sus dogmas. Corroborados estos por la infalible autoridad del concilio, los padres que le componian negaron la obediencia al Papa, y los españoles su cooperacion á los discursos. Eugenio IV quedó sin embargo, prendado de la elocuencia del Obispo D. Alonso, manifestándole así en un consistorio público, donde, noticioso de que aquel prelado se disponia para ir á ofrecerle acatamiento, dijo en presencia de todos los cardenales: *Por cierto que si el obispo de Burgos en nuestra corte viene, con gran vergüenza nos asentaremos en la silla de S. Pedro*.

Ni elogios tan sublimes, ni la fama que por toda la Europa encarecía el privilegiado talento del señor Carta-

jena, vencieron la afabilidad de su carácter, en la que, segun espresion de Pulgar, *todos se honestaban*. Admirablemente verle entregado sin descanso á la práctica de su sagrado ministerio, para preservarse de las sugestiones del orgullo, que por lo comun enjendran las deferencias sociales, y considerar al mismo tiempo su poderosa influencia entre aquella turba de cortesanos, que ávida de poderío, germinaba alrededor del trono, donde al lado del Monarca se veía figurar á D. Alvaro de Luna, su prudente cuanto desgraciado favorito. Con efecto, al regresar de Basilea en el año de 1440, D. Juan el II, para quien no existian títulos mas eficaces que el ingenio y la instruccion, ordenó al obispo D. Alonso saliese al recibimiento de Doña Blanca, princesa de Navarra, que estaba desposada con el Principe de Asturias D. Enrique, y debia entregarse en Logroño á la honorífica salvaguardia de Castilla. Todos los magnates dieron pruebas de hidalguía en aquella lucida jornada, siendo memorable el estremado gasto que hizo el Conde de Haro, para obsequiar á la Princesa durante los tres dias que descansó en su palacio de Briviesca. Los límites de nuestra narracion deben ser tan precisos, que si nos estendiésemos á describir las funciones, los regocijos populares, las dádivas y presentes, que entonces se cruzaron entre los caballeros de Castilla, traspasaríamos los términos que el *Semanario* nos prescribe, y hasta llegaríamos á orillar casi del todo el objeto testual de nuestro artículo. Para no incurrir, pues, en digresiones intempestivas y supérfluas, no perderemos de vista al sábio prelado, que supo ser galante cuando la Princesa llegó á Burgos, y poco despues docilísimo y obediente á las órdenes de D. Juan II, que le despachó en embajada cerca del soberano de Navarra, apercibiéndose del feliz resultado que habia conseguido en sus árduas y numerosas pretensiones. Esta fué la última vez que apareció D. Alonso como enviado real, ó mejor dicho, como precursor del sosiego público.

Queriendo dar impulso á las artes, y cultivar la literatura, hermanándola con sus obligaciones pastorales, *confesaba, predicaba, usaba en su diócesis de aquellas cosas que Perlado es obligado de hacer y era limosnero*. Cedió sumas cuantiosas para edificar el convento de dominicos de Burgos, que su padre D. Pablo habia comenzado; fundó el de *San Ildefonso* en la misma ciudad; adelantó la construccion del de PP. Mercenarios; erigió á sus espensas la capilla de la *Visitacion* en la iglesia metropolitana, donde labró para sí propio un magnífico lucillo de alabastro, é hizo concluir los famosos *chapiteles* que le darán eterno renombre en el trascurso de los siglos.

Enemigos de que perezcan abandonadas las particularidades, que nuestros ascendientes confiaron á las piedras de los templos y monumentos sepulcrales, ya que la indolencia humana se ha dejado perder los innumerables ejemplares de esa especie que á cada paso echa de menos el ojo escudriñador del anticuario, insertaremos aquí el óbito de D. Alonso de Cartajena, con la exactitud que nos ha permitido observar su mal estado, peor combinacion paleográfica, y la abundancia de abreviaturas que se encuentran en él. Dice así:

Hic quiescit corpus reverendi patris domini Alfonsi; de Cartagena, episcopi burgensis; qui inter alia opera pia Capellam ham fieri jussit, in qua septem capellanos et duos acólitos perpetuò instituit. Fuit amator pacis, et pacem inter Joannem Castellæ et Joannem Portugalliæ reges atque inter imperatorem Albertum et regem Polonie firmavit. Plures libros ad utilitatem publicam condidit: Defensorium fidei; Orationale; Memoriale virtutum; Doctrinale militum; Genealogia regum Hispaniæ. Duodenarium, et de præeminentia sessionis inter Castellæ et Angliæ reges tractatum edidit, et in concilio Basiliensi pro regno Castellæ sententiam obtinuit, et in fine dierum suorum Sanctum Jacobum anno Jubilei visitavit, et in diocesim suam rediens, spiritum Altissimo reddidit in opido de Villasandino XXII Julii, anno Domini MCCCCLVI, etatis vero suæ anno LXXI.

Cumplida la romería que espresa la inscripción anterior, le asaltaron los síntomas de una enfermedad, que conforme el epitafio indica, destruyó rápidamente su vida, hallándose en Villasandino á cinco leguas de Burgos en el año vigésimo de su episcopado. Su muerte fué llorada por todos, desde el Rey, que necesitaba sus consejos, hasta el desvalido pordiosero que recibía de su caritativo corazón el socorro vital y los consuelos y exhortaciones de la ternura evangélica.

Bien vulgares son las octavillas, que el poeta y caballero Fernan Perez de Guzman, compuso en la muerte de D. Alonso: empero si las desconociese alguno de nuestros lectores, vea iniciados en las cuatro siguientes los melancólicos y escogidos pensamientos, que juegan en el resto de las demas:

«Aquel Séneca espiró
á quien yo era lucilo:
la facundia y alto estilo
de España con él murió:
así que non solo yo,
mas España en triste son
debe planir su Platon
que en ella resplandeció.»

«La moral sabiduría,
las leyes y los decretos,
los naturales secretos
de la alta filosofía;
la sacra teología,
la dulce arte oratoria,

toda verísima historia,
toda sutil poesía.»

«Hoy perdieron un notable
et valiente caballero,
un relator claro et vero
un ministro comendable.
¿Quién dará loor loable
al que á todos loaba?
Quien de todos bien hablaba
¿quién será quien del mal fable?»

«La Iglesia nuestra madre
hoy perdió un noble pastor,
las religiones un padre,
la fé un gran defensor;
pierdan y hayan dolor
los que son estudiosos,
y del saber deseosos
un gran interpretador.» etc.

El poeta que acaba de hablar no mojaba por cierto su pluma en la tinta de la adulacion. La multitud de obras literarias que en nuestros tiempos circulan con el nombre de D. Alonso de Cartajena lo atestiguan, y lo confirmarían todavía mas los muchos opúsculos, la copiosa variedad de poesías *místicas y amorosas*, y el número avanzado de episodios que escribió, pero que han sido consumidos por el incendio de las revoluciones en los archivos de nuestra patria. Existen, no obstante los libros suficientes para colocar á su autor en el rango mas elevado de nuestros escritores antiguos. Se titulan: —*Memorial de virtudes*.—*Defensorium fidei*.—*Doctrinal de los caballeros*.—*Duodenario sobre doce cuestiones*.—*Declinaciones sobre la traslacion de las Eticas*.—*Oracional*.—*Apología sobre el salmo Judica me Deus*.—*Escrituras diversas*.—*Una version latina de los doce libros de Séneca*.—*Conflatorium*.—*El tratado de las sesiones*.—Un libro destinado á probar que pertenece al Rey de Castilla y no al de Portugal las conquistas de Canarias, y todas las ciudades, villas y lugares de la provincia de Tanjer, Fez y Marruecos.—*Genealogia de todos los reyes de España*, que fué el postrer destello de su génio, habiendo disfrutado los honores temporales con una conciencia tranquila, y merecido el sepulcro venturoso del filósofo irreprochable y del sacerdote sin culpa.

RAFAEL MONJE.

IMPRESIONES DE UN BAILE DE TRAJES. (1)

(Los de Palacio en Febrero de 46.)

Estraño ha de parecer á muchos el intento de trasladar al papel las impresiones de un baile. Esa momentánea combinacion de parejas, cuyo pretesto es la habilidad

(1) Creemos complacer á nuestros lectores insertando este precioso artículo de costumbres, debido á la pluma correcta y elegante de un escritor cuya modestia no ha permitido revelar su nombre. Ha visto la luz pública por vez primera en el *Heraldo*, de cuyo periódico le trasladamos integro á nuestras columnas.

de los pies y cuyo fin dista mucho de ese pretesto, es al parecer la cosa que menos se acomoda ni á un cuadro, ni á un artículo. Nosotros, sin embargo, no seguimos esa opinion. Mirándole como una escena agradable de la vida, avaros de recuerdos que cuidadosamente atesoramos para la vejez como lenitivo de los achaques y último alimento del alma, cuando ya nos falta el porvenir y la esperanza pierde su habilidad para engañarnos, crec-

mos y practicamos la doctrina de que no hay historia que enseñe tanto como la propia historia, ni gusto mayor que el de consignar en apuntes íntimos las penas, los placeres, las meditaciones, los sucesos prósperos, adversos, indiferentes, las fases todas de nuestra existencia, y de esta especie de legado que nuestra juventud hace á nuestra vejez venir á formar el retrato cabal, el fiel confidente, que cuando se sienta la soledad de los últimos años podrá refrescar la memoria de mejores días. Esta prevision es la mas difícil de las previsiones, porque debe tenerse principalmente en la juventud, y á esta época somos desperdiciadores de la vida, por lo mismo que entonces empieza el drama, cuyo interés está en su propia incertidumbre y en su misterio. Quien piensa así, ¿dejaría de hacer de un baile régio una curiosa página de sus emociones y de sus placeres? Era imposible. Pero, ¿y esto y nada mas que esto, será un baile de trajes en el Palacio de Madrid el año 46? ¿Nos contentaremos con una fecha y una lista de nombres y de trajes? Algo mas es: algo mas pide.

Si ha dicho con *razon* un autor célebre, que por una sola hoja de un *diario* de avisos de nuestros días se podría, de aquí á muchos siglos, venir en conocimiento del estado de nuestra sociedad, *deducir* nuestra actual manera de existir, ¿la reunion de los trajes de un siglo no ha de llamarnos la atencion ni escitar nuestro ánimo, mas que por la estrañeza de las formas y la variedad de los colores? Motivo hay en él para serias reflexiones, y para goces mas ciertos, aunque menos clamorosos que los de los sentidos. La oportunidad de este recreo, que es á la vez una aparicion del siglo de nuestros abuelos, no se acertará á poner en duda.—El actual estaba no há mucho en su infancia, y no se diferenciaba del anterior mas que en el nombre, porque sabido es que las sociedades no cortan ni modifican su existencia el 31 de Diciembre del año en que segun nuestro calendario se completa el siglo. Ya este tiene 46 años; ya cuenta con carácter propio; ha roto con sus padres en ideas, instituciones, costumbres y trajes; ya está mas rico de experiencia, y mas envanecido de esperanzas que otros siglos á su misma edad; ya es un hombre que vá á empezar á envejecer, y el contraste con el anterior es ya tal vez, sobre todo en punto á trajes, lo que ha de ser hasta su fin. En su última mitad, este siglo, como otros, no llevará acaso mas que los gérmenes de lo que caracterizará al siguiente. Envidiosos de los cuentos orientales que hemos oido en la niñez sobre nuestra fabulosa riqueza y poderío, queremos asomarnos á los tiempos antiguos y hacer un paréntesis de horas en los calamitosos presentes. Pensando todos los días en lo que vendrá, hay complacencia en dedicarse á gustar, hasta donde ser pueda, los placeres de nuestros abuelos. Entre el bastío de lo actual y el ánsia siempre creciente por lo venidero, bueno es de cuando en cuando salirse á respirar el tranquilo ambiente de lo pasado.

A esto convida un baile de trajes; y el secreto encanto de esas meditaciones es para nosotros su mayor atractivo. A la ilusion contribuye el designarse la época á que

han de pertenecer los disfraces, lo cual dá unidad á la reunion y propiedad al conjunto. Los bailes de trajes son digna diversion de un Rey. Sea el que quiera el esplendor que aguarde á las monarquías modernas, tales grandezas tienen los Reyes en lo pasado, que por precision han de mirar hácia él con mas complacencia que hácia o futuro.

Grata memoria han dejado en todos los que tuvimos la honra de concurrir á ellos los dos bailes dados por S. M. la Reina en su Real Palacio las noches del 18 y 22 de este febrero.

Hubo en el primero la oportuna particularidad de que S. M. la Reina Doña Isabel y S. A. le abriesen con el *minué*, antiguo baile caido en desuso, y sin embargo, el que rigurosamente pedian los trajes de la reunion. Las augustas Señoras le bailaron con los Duques de la Roca y de San Carlos, y con la gracia y aplomo que no podia esperarse de quien al aprenderle ha aprendido solo un baile *histórico* y de mera *erudicion* en el arte, si así puede decirse. El *minué* gustó sobremanera: hay que confesar que es baile de Reyes. Ni el gracioso torbellino del *wals*, ni el cansado correr de una *inglesa*, ni el *rigodon* de eterna boga, son hoy otra cosa que pretesto de apasionada conversacion fuera del alcance de la vigilancia materna. El baile no es ya mas que un cadencioso paseo. En los antiguos, por el contrario, se echaba de ver la conciencia aun en el baile; y sus respetuosos ademanes y reverencias podrian servirnos hoy para tratar los asuntos mas serios.

Y ¿quién enumera los muchos y escelentes trajes que allí se presentaron?—¿Y quién deja de enumerarlos cuando eran tan propios como elegantes? Lo intentaremos, puesto que en su misma dificultad tienen tan buena disculpa nuestras inexactitudes.

S. M. la Reina Doña Isabel y su augusta hermana la infanta Doña Luisa Fernanda vestian ricos trajes de la época de Fernando VI: y dicho queda con solo nombrar las que estaban bellas y radiantes, como lo estan las Princesas en ese medio día de la juventud que llaman quince años.

S. M. la Reina madre se presentó con un magnífico traje de la corte de Francia en tiempo de Luis XVI, llamado entonces á la circasiana; y sus gracias se realizaban con la sonrisa de contento de quien mira repetidos en sus augustas hijas sus atractivos.

S. A. el señor Infante D. Francisco iba ostentosamente vestido de Guardia de Corps de Luis XIV. Las señoras Infantas sus hijas llevaban lindos trajes de la época de Fernando VI.

El Duque de Ríansares vestia el uniforme de Guardia de Corps de Carlos III; el Conde de Santa Coloma el de señor de la corte de Luis XV; el Duque de Híjar uno de la corte de Carlos IV; y el Duque de Castro-Terreño el antiguo traje de abate con que le recibió por primera vez en este mismo Palacio el señor Rey Carlos III.

El señor Conde de Altamira se presentó con un rico y riguroso traje de Comendador mayor de la orden de Alcántara, en tiempo de Felipe IV; el Duque de la Roca con otro del de Lorena en 1730, del mas esquisito

gusto; el Duque de San Carlos llevaba un elegante traje de corte húngaro; el de Abrantes otro ostentoso de la época de Fernando VI; el de Alba uno de príncipe ruso; el Marqués de Santiago otro excelente de Guardias españolas, en tiempo de Carlos III. Vestía el de Revillagigedo un traje de la corte de Luis XV, con riquísima pedrería; el Marqués de Pobar uno muy airoso de la corte de Felipe V; y el príncipe de Anglona otro de la corte de Luis XV. El Duque de Frias y el Marqués viudo de Aranda tuvieron la patriótica idea de vestirse el primero de soldado de los tercios castellanos de Italia, y el segundo de guardia española en las guerras de esta misma nación.

El señor de Rubianes y el señor de Alcázar D. Serapio quisieron mostrarnos los antiguos uniformes de sus actuales cuerpos, y se presentaron con mucha oportunidad el primero de alabardero del señor D. Fernando VI, y el segundo de artillero español en 1700.

El Duque de Medinaceli, el de Ahumada, el de San Lorenzo y el Marqués de Malpica aprovecharon la ocasión para honrar la memoria de sus familias, vistiendo el primero el uniforme del regimiento de Jaen; el segundo el de Saboya; el tercero el de Jerez; el cuarto el de las órdenes: regimientos todos levantados ó mandados por sus ascendientes.

La descripción completa de los trajes de las damas sería curiosa, pero habría de ser prolija, y tendrían que ir los de muchas irresistiblemente seguidos de elogios que ofenderían á otras muy dignas de ellos. Al pensamiento de la Reina todas habían correspondido, contribuyendo á él con su buen gusto y sus gracias. Basté pues la indicación sucinta que ensayaremos.

Las Duquesas de Abrantes y de Ahumada llevaban excelentes trajes del tiempo de Fernando VI: las Marquesas viudas de Santa Cruz y de Valverde vestían otros riquísimos de la corte de Maria Luisa. De este tiempo era uno muy elegante de la Condesa de Oñate, y del de Carlos III uno muy propio de la joven Condesa de Requena. La señorita de Santa Cruz lucía sus gracias con un lindo vestido tomado de una pieza francesa bien conocida: la bella señorita de Muñoz brillaba con uno elegantísimo del tiempo de Carlos III: y al mismo se refería otro con que la linda señorita de Ezpeleta llamaba la atención con sobrado motivo. La Condesa de Toreno, que resplandecía por su abundante pedrería, y las jóvenes señoritas Camarasa, que escusan con su nombre su elogio, iban vestidas de señoras del tiempo de Carlos III. La señorita de Sorréndegui se distinguía con un airoso traje de Cracoviana.

La bella Marquesa de Santa Cruz había tenido la feliz idea de tomar el suyo del retrato de cierta dama que se halla en nuestra academia de pinturas, y hacerla así revivir con envidia del original.

Las señoras Marquesa de Alcañices y Duquesa de Alba se presentaron con un traje muy notable allí por el contraste: el de Dama española en semana Santa.—La visita de monumentos, *rendez-vous* de todas las clases en las iglesias y en las calles en los serenos días de primavera, era antiguamente la ocasión de que las damas del

tontillo y los cien colores vistiesen trajes de luto, que eran como las galas del dolor que en ellas piadosamente debía suponerse.—Ese traje llevaban las de Alcañices y Alba: y hay que confesar que con él, al entrar en el templo, robarían al cielo la mitad de los pensamientos de los hombres.

Sorpesa agradable causó á todos ver circular por la sala del baile numerosos criados con bandejas de pocillos de chocolate y tacillas de dulce, que fueron servidos á los circunstantes con arreglo al mas severo ritual de la mas ceremoniosa tertulia de regente de Chancillería. La rehabilitación del olvidado chocolate y del azucarillo en altas regiones no debía hacer temer por el ambigü de nuestros tiempos. En el salon inmediato nos esperaba el siglo XIX con sus transparentes gelatinas, sus ponderadas trufas y sus platos monumentales, que solo por estar sobre mantel se conoce que corresponden al arte de *Careme*.

No fué esta sola. Otras muchas circunstancias contribuían á dar armonía al conjunto y á completar la ilusión. Los salones régios, puestos y adornados en la época del señor Rey D. Carlos III, están desde entonces vestidos en armonía con los trajes de la reunión. Sus telas, sus techos y alfombras y el aire de antigüedad de su conjunto, no se llevan bien con el triste frac ni con la atrevida bota, y aman por el contrario y piden á voz en grito en los que le visiten, la casaca bordada y las hebillas.

Y como si esto fuera poco para la ilusión en que nos recreábamos, no parecía sino que la conversacion misma estaba dominada por un convenio anterior y tácito. Nada oímos que nos recordara el año 46. Imposible lo creerán todos; pero el hecho es que pasaron cuatro horas, sin que en tan gran reunión llegásemos á oír ni una sola vez, esas palabras que hoy son la pesadilla de la época: *empresas—ferro-carriles—proyectos de ley.....* de este pobre país, donde las leyes no pasan de proyectos. Lo contrario es lo que observamos; que muchas personas de edad, como sujetas allí al influjo de la peluca empolvada y del *minué*, resucitaban antiguas memorias, en coros de contemporáneos, en que al curioso que se acercaba no era difícil entreoír las palabras características de otros reinados: *el Consejo y Cámara:—un vireinato:—Gibraltarr:—la guerra con el inglés:—las flotas de América. —la conducta de dinero. —la tesorería apuntalada.*

Es mas: y en esto la casualidad había trabajado, como tantas otras veces, para la ilusión. El ministro que aquella noche tenía á su lado Isabel II, era..... ¡Florida-blanca!

El segundo baile de trajes dado en el Real Palacio, no ha sido una mera repetición del primero. La circunstancia de no ser obligatorio el presentarse con traje antiguo, hizo de este baile una especie de votación en que cada cual se inclinó al siglo mas de su gusto. Allí nos hallamos en el duelo impensado y fortuito de la casaca bordada con el frac negro, especie de luto que se puso el siglo como presintiendo ya sus desastres; y forzoso es convenir en que el frac quedó vencido.

S. M. la Reina Doña Isabel II vestía un gracioso traje de aldeana del Canton de Berna; S. A. su augusta hermana, otro lindísimo de jardinera francesa, y S. A. Doña

Luisa Teresa, hija mayor del Sermo. Señor Infante Don Francisco, otro muy airoso de judía.

El señor Duque de S. Carlos con un excelente traje de Carlos I de Inglaterra; el joven Marqués de Mirabel, con otro lindísimo de señor de la corte de Felipe III; el Marqués de Montaos con uno excelente también de caballero de la Orden de Santiago, en el mismo reinado, y D. Pedro Carvajal con otro de esta propia época, llamaban justa y merecidamente la atención de todos.

La joven Marquesa de Santa Cruz se presentó con un gracioso vestido de mallorquina; la señorita de Santa Cruz con otro excelente de griega; la señorita de Muñoz con otro precioso de siciliana; y la linda señorita de Alameda con uno muy airoso de dama antigua. Estas señoritas habían querido poner sus gracias á una prueba distinta de la del baile anterior; y nos dejaron en la duda de cual había sido su mayor triunfo.

La conciencia no nos permite seguir, sin hacer antes una advertencia importante. Hemos dicho que eran bonitos los trajes de un gran número de lindas jóvenes. La verdad es que no lo sabemos bien. Esto no se averigua sino en las que no lo son. Con las lindas sucede el trabajo de no poder nunca *destindar* bien, que parte del agrado viene de su persona, y cual otra de su adorno y vestido. Algun inconveniente había de tener la belleza.

¡Qué campo de observaciones ofrecía aquella reunión á la persona menos mediatunda!

Veíanse la primera noche circular por la sala y por entre los vetustos trajes, unos cuantos caballeros con uniformes del día, ó bien con el consabido frac: eran los señores ministros de la Corona. Un ministerio constitucional mirado desde el siglo pasado, se prestaba á curiosas reflexiones. La humildad de nuestro actual traje, eran los ministros los que allí la representaban: el contraste desfavorable al año 46, ellos le establecían. Anacronismo oficial, el único permitido allí, y sin poder en su vida de perpétua lucha, *esconder el cuerpo*, siquiera por horas, no achacarán esos señores estas líneas á espíritu de *oposición*. Si lo fuera, hay que confesar que no la habría mas *superficial* ni menos temible.

Echábase de ver desde luego en estos bailes, que somos los hombres los que en punto á trajes nos hemos separado mas del gusto antiguo. Puestas ellas á diversificar y dar carácter de otra época á los suyos, á pesar de sus laudables esfuerzos, han tenido menos ensanche que nosotros. Fieles á la seda, á esa babilla de un gusano, del que muchos hombres se podrían quejar mas que del tigre, cuya ferocidad saben solo por Buffon; sus vestidos, no se diferencian tanto de los antiguos como los nuestros, en que casi de todo punto ha quedado proscrita la seda, quien sabe si en venganza de aquellos agravios. A ese corto contraste entre el vestido antiguo y moderno de las damas, contribuía el que, aun á los primeros, había trascendido la moderación de los del día. Ninguna se aventuró á encerrarse en un formal tontillo, ni á encoquetarse un tocado de los que pedían ir arrodilladas en el coche. Con todo lo que se dice de la inconstancia femenina, en una noche y á un mandado de Real orden, no habían acertado á hacer tal mudanza en sus gustos. Ha-

bían sin embargo adquirido nuevas armas contra el sexo que ellas no podrían llamar *fuerte* sin sonreírse. Los polvos, y lo que mas extraño parecerá, las pelucas, de que se nos hace ridículo hasta el nombre, eran aquella noche medios eficaces de poderosa fascinación. Acostumbrados á burlarnos de los trajes antiguos vistos en lienzos rechapados de antepasados de Laras y Manriques, no comprendíamos de que podían enamorarse nuestros abuelos. En estos bailes conocimos que aquellos trajes, animados por la frescura de los pocos años y el fuego de los ojos meridionales, eran tan temibles ó mas que los modernos. Ibamos á reírnos y los admiramos. ¡Cuanto de esto sucedería si pudiésemos trasladarnos en realidad á las épocas históricas!

Tenía de particular este baile que no serían tal vez los jóvenes los que en él hallasen mas íntimo recreo.—Para muchos que habían conocido á Carlos III, el disfrazarse aquella noche era volver por horas al traje de su juventud. Para ellos el ridículo no era el que tomaban, sino el que acababan de dejar.—Para muchas, su papel de madres no las reducía allí á la enojosa vigilancia de las niñas. También había para ellas secretos encantos.—Como aquel que atravesaba la sala solía vestir su *«señora»* padre:—como un desconocido que estaba silencioso é indiferente á su lado, vestía el que primero la requirió de amores:—de su boda, y de sus vistas, era el rico traje con que asistía, que la moda había tenido como prohibido por muchos años, y que la moda y el régio baile la permitían volver á lucir siquiera otra vez.

En los trajes, mas aun que en otras cosas, se revelan segun se podía observar allí, las condiciones y el carácter de una sociedad. El vestido se enriqueció y sobrecargó de adornos cuando el gobierno era monárquico y aristocrático, es decir, personal, y el orden de las gerarquías hacia que alcanzase á los individuos el culto y veneración que se daba á las cosas. Hoy la soberanía está en una entidad colectiva, y el paño y la muselina son el brocado y el tisú de este nuevo Rey. Desde 789 el traje enderezó su rumbo hácia la sencillez de nuestros días. Se había complicado y enriquecido mientras la sociedad había permanecido estacionaria: pero al emprender la marcha forzada que llamaron revolución, preciso fué aligerar los equipajes y disfrazarse de pueblo.

Mas en nada ha agotado la moda su ingenio como en el tocado de las damas; y esta observación, que ha perdido hoy parte de su fuerza desde que modestamente se cubren la cabeza con el sencillísimo sombrero, recibiría su demostración sin necesidad de acudir al reinado de Marco Aurelio, cuya muger, segun cuentan autores graves, se presentó en pocos años, con 300 tocados diferentes. En nuestro pobre sentir nada tiene de extraño que esto sea lo que mas varíe, puesto que los cabellos tanto ayudan á la expresión de la fisonomía. Verdad es que ceden para esto en importancia á los ojos, imprudentes delatores del alma, último atrincheramiento de la juventud, temibles aun espirando su fuego, como son temibles y magníficos los postreros resplandores de un volcan que muere. Verdad es que ceden en importancia á la boca que con sus mil gradaciones de la sonrisa acierta á decir

cosas para las que en un idioma es torpe instrumento. Pero preciso es convenir, en que de la mirada y la sonrisa que ilumina el semblante, el cabello es el aliado que mejor conspira á sus fines.

El pudor, la tranquilidad, la ira, han hallado en él formas de espresion que no parecen convencionales ni caprichosas. A esa importancia de la cabellera, á su conexion inmediata con las facciones que revelan nuestro ser íntimo, correspondia como ha sucedido el que la moda, que en eso no se engaña, ensayase en ella su fecundidad de Proteo. Apurada se veia sin duda para variar el día que discurrió el empolvarla. Las cabezas nevadas que contrastan con la frescura de la tez ó con el fuego de los ojos que sale de entre la nieve como la lava del Hecla, son graciosas, pero llevan consigo tal molestia, que todos conveníamos en que los polvos eran una reprensible exageracion de la variedad. Cuando mas que ahora, se practicaban la abnegacion y el sufrimiento para conseguir el cielo, la moda para lograr el bien parecer, pudo imponer tambien sus cilicios: hoy las modas tienen que ser cómodas como las doctrinas. No se comprende cómo con aquellas pelucas que habia que *nevar* diariamente, se entraba á las nueve en el Consejo: siendo así que con el pelo cortado á *cepillo* no pueden lograr hoy los presidentes que las sesiones del Parlamento empiecen antes de las dos.—Pero la parte del adorno de nuestras abuelas que mas agrado nos causó, fueron los *lunares*. Moda antigua de bellezas que no los tenian á no ponérselos, eran como los *puntos* y *acentos* de una fisonomía que, en su debido lugar, no solo *dan* sentido, sino que, lo que es mas temible, le *quitan*. Gracia tal tenian los de algunas, que no sabia uno qué admirar mas, si sus *perfecciones* ó sus *lunares*.

Al pomposo vestido de nuestros abuelos correspondian régios salones, y en ellos hacian estas noches los trajes antiguos todo su efecto. Cuando vemos en las casas seculares, que llamamos *destartaladas*, salas altísimas de techo, anchos y boleados balcones, y puertas de dos hojas, ni nos acordamos del tontillo y el espadín, ni de la importancia y poesía que daba al balcón la severidad de la disciplina doméstica, ni de que la multitud de piezas de á seis pies que ha discurrido la vanidad para que todas las clases entren en la régia costumbre del *cuarto aparte* para cada miembro de una familia, estaba reñida con la sana tradicion de que los hijos estuviesen á todas horas á la vista de los padres para estrechar con el trato íntimo el mas santo de los cariños.

Pero es de notar que á pesar de todo lo que decimos de la volubilidad de la moda, no ha habido en ella transiciones tan violentas como en otras materias. Las aberraciones han llegado muy allá; porque ocasion hubo en Francia poco antes del año 89, en que las mugeres renunciando hasta cierto punto á su peculiar traje, adoptaron en gran parte las modas de los hombres como para volver la vista á los de nuestro sexo que sin temor al ridículo invaden las modas femeninas. En su perpétua revolucion nunca las de las mugeres han pasado tan cerca de la órbita de las nuestras, como en aquel tiempo, pero no solo no se atrajeron y confundieron, segun

parecia de temer, sino que se alejaron bien pronto como estan hoy. De todos modos es cierto que á los estremos ha pasado la moda paulatinamente: lo cual prueba que ha habido siempre gran fuerza en este imperio y que á su tiranía no perjudica ni la inconstancia ni la variedad de las formas.

No es tan grande como se cree esta inconstancia de la moda. Por el contrario, los hombres pueden quejarse de que está perezosa, de que no se mueve, de que no repara en lo feos que los ha puesto. La moda se ha detenido. Tambien se detuvo en tiempo de nuestros abuelos, pero se detuvo en las casacas bordadas, en las botonaduras de acero, en el encaje y en la seda. Para nosotros ha tenido el capricho de hacer estacion en el innoble sombrero redondo de ala corta, repugnado á la vez por la hijiene y el buen gusto, y en el anchuroso gaban, que sin cargar su conciencia hubieran podido vestirse los austeros solitarios de la Palestina. El sombrerito y el frac parecen haberse *consolidado* en su tranquila boga, con conocida mengua del adorno masculino que no puede sacar partido para sí de la variedad de telas que vá poniendo en juego la industria; pero á pocos bailes como los de Palacio, en que nos enamoremos de los trajes antiguos, ya irán perdiendo terreno aquellos de la opinion, y manifestándose poco á poco los conatos á la reforma.—La del sombrero redondo es la que mas urge. Hay que lanzarle ante todo en el camino de la incesante variedad de formas, lo cual contribuirá á desacreditarle como ha desacreditado otras cosas. Y no se oponga á esto la objecion del miedo, de que no sabe *«á dónde iríamos á parar.»* Sí se sabe: párese donde quiera, en nada pararemos tan feo como el actual sombrero redondo.—Del frac debemos deshacernos por la disimulada transicion de la reciente casaca francesa.—Los chalecos estan en buena via de retroceso.—El cómodo pantalon y la económica bota, hijos queridos de la revolucion que nos ha puesto su sello, serán siempre el mayor escollo de la reforma, pero tambien hay medios indirectos y suaves de transformarlos. Algunas pequeñas prendas de nuestros días tendrán que conservarse.—No se dirá, pues, que en esta lijera indicacion no hemos tenido todos los caracteres de verdaderos *reformadores*: hasta el de habernos parado á la mitad de la carrera.

Tan cierto es que los actuales vestidos varian poco, que estamos seguros de que los bailes de trajes del siglo que viene no tendrán por argumento los del presente. Si lo fuesen se llenará una sala de fraques negros y de gabanes azules, que recordarán cuando mas una *junta preparatoria* ó una *reunion de compañía para elegir capitan*. Y es de advertir, por carácter diferencial de tal baile, que en él no podrán presentarse como en los de Palacio Duques y Marqueses con uniformes de regimientos levantados por sus ascendientes; porque este indicio de que aun tenian representacion y poder individual, que tan patrióticamente emplearon por lo comun, no cabe ya, cuando mengua la influencia, el pueblo se ha encargado en las últimas guerras de dar los soldados á los caudillos.

Campo agradabilísimo de tan variada meditacion, los bailes de Palacio han dejado en nosotros hondos recuerdos.—Y sin embargo, si alguien me hubiera preguntado allí si me divertía, me hubiese visto perplejo para contestarle: porque de las diversiones, como de muchas heridas de las batallas, solemos no apercibirnos hasta que se enfrían.—Impresiones tan gratas hemos querido

consignarlas en apuntes íntimos para recrearnos con el tiempo en su memoria. Por severos que hayamos parecido con las modas contemporáneas, protestamos en su desagravio que si algun día oyésemos á los que hoy nacen burlarse de ellas, les advertiríamos cariñosamente que en punto á trajes todo ha dado que reir en el mundo, como no sea la desechada túnica de las Gracias.

REVISTA DE LA SEMANA.

Desde que hemos entrado en la cuaresma, parece que la muerte recoge mas copiosos frutos de sus incesantes trabajos. Generales llenos de cruces, fajas y condecoraciones, hombres ilustres por sus conocimientos científicos é industriales, y hasta jóvenes de pocos años agitados en la edad florida, llenan diariamente con sus nombres las columnas de los periódicos, y pasan á aumentar el número de los que han sido.

Pero lo que mas nos contrista de tales sucesos es que no todas esas victimas son conquistadas por la muerte á viva fuerza, sino que muchas de ellas corren entusiasmadas y se echan en sus brazos con toda la impresion de los pocos años, y sin mas preparativos que una caja de fósforos, disueltos oportunamente y no por el sistema omeopático. Tan diabólica es la invencion, que no nos atrevemos á discurrir cual habrá sido el motivo de hacer uso de semejante procedimiento para suicidarse, ni de qué cabeza habrá salido primero la extravagante idea de servirse para apagar la llama de la vida del mismo medio que se emplea para encender la luz artificial.

Lo cierto es que la manía vá cundiendo y que hasta las criadas se suicidan de este modo, sin duda por ser el mas barato y cómodo, sino para morir pronto y sufrir poco, al menos para tomar asiento en el omnibus que conduce al cementerio, á cualquier hora y desde cualquier parte.

Entre las personas que han fallecido en esta semana no de *motu proprio* sino cumpliendo los decretos de la Providencia, se cuenta el distinguido matemático D. José

Mariano Vallejo. Los importantísimos trabajos que ha llevado á cabo durante su vida este ilustre profesor tienen ya hace mucho tiempo señalado á su nombre el alto puesto que le corresponde en los anales de las ciencias exactas. La memoria de sus virtudes y su celo por el público bien, servirán siempre de recuerdo y de estímulo á la gratitud que merecen en todas épocas los hombres honrados.

La Academia Real dá grandes señales de vida: ha nombrado una porcion de personas de mérito para desempeñar sus mas importantes cargos, y los del profesorado correspondientes á la clase que va á establecer. Sigue trabajando con la mayor actividad en la organizacion de las compañías de ópera y verso. Entre los nombramientos de profesores, merece mencionarse el del señor Rodriguez Rubí para la clase de literatura dramática española.

En estos dias se ven llegar á la corte muchos actores de provincia, y no se habla mas que de ajustes y contratas, como que la temporada de Pascua no está lejos.

La famosa bailarina española Lola Montes, tan conocida por sus triunfos y aventuras amorosas en el teatro de varias capitales de Europa, se halla actualmente en París, y segun algunos quieren suponer, tal vez no dejará de dar una vuelta este año á nuestros teatros.

Nosotros celebraremos que estos deseos y suposiciones se realicen seguros de que al público no le desagradará mostrarse altamente español en cuanto á Sílides, como en todo lo demas, cuyo mérito, sino escocer, pueda igualarse con el de los artículos importados del extranjero.

